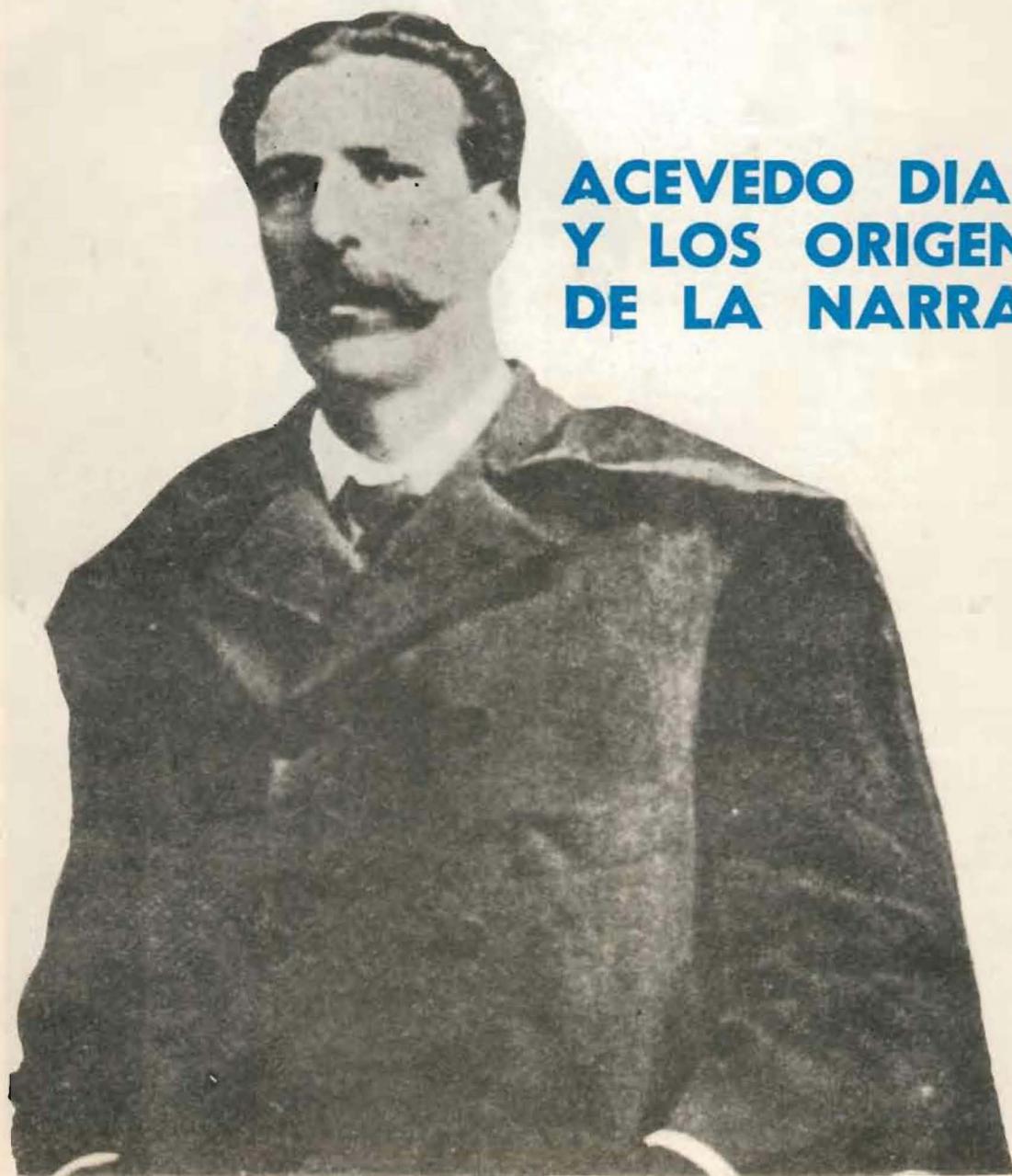


19 de diciembre de 1911



CAPÍTULO oriental 6

la historia de la literatura uruguaya



**ACEVEDO DIAZ
Y LOS ORIGENES
DE LA NARRATIVA**

CAPÍTULO oriental

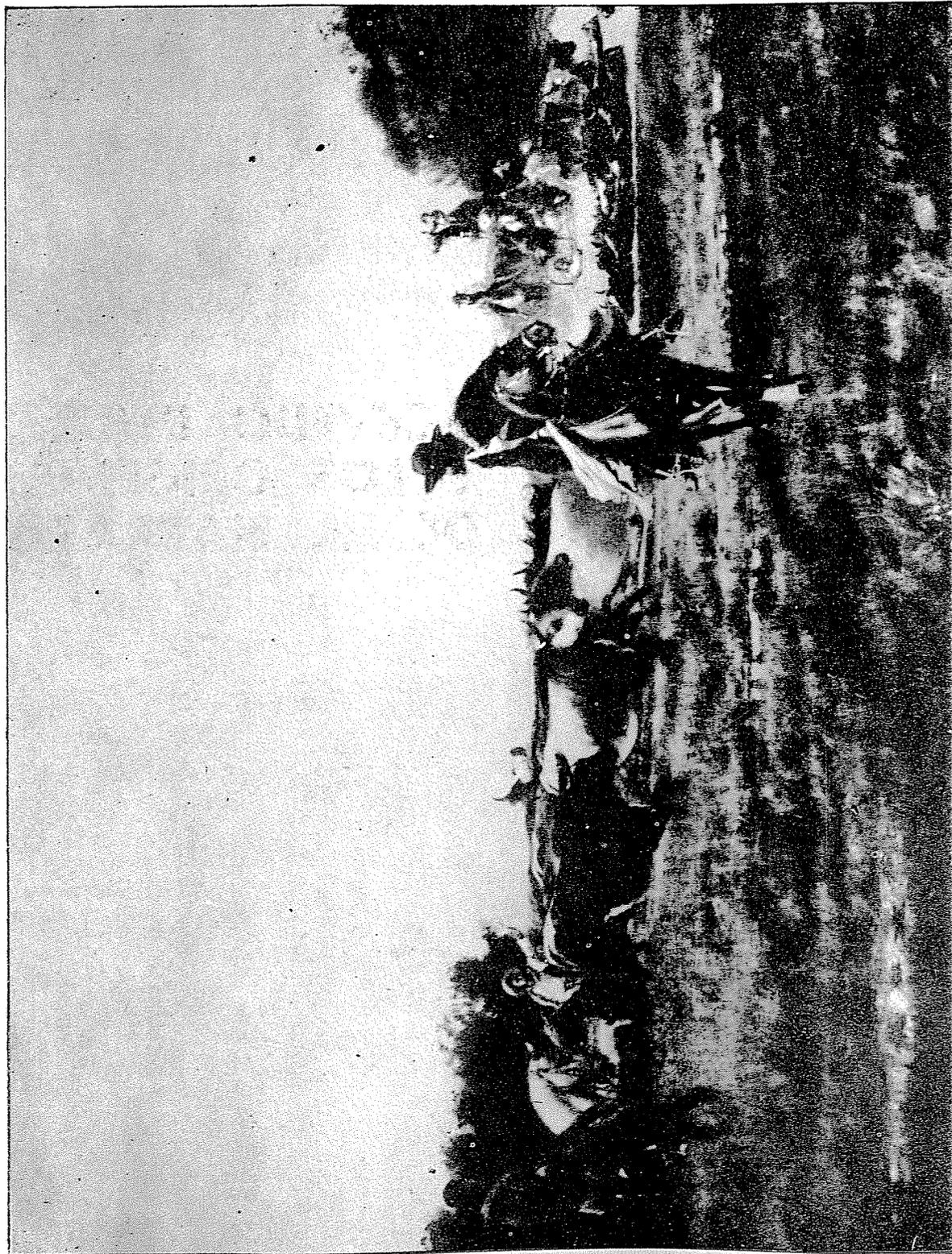
la historia de la
literatura uruguaya

Este fascículo, ha sido preparado por el crítico Sr. Ruben Cotelo, revisado por el Dr. Carlos Real de Azúa y adaptado por el Departamento Literario del Centro Editor de América Latina.

CAPITULO ORIENTAL presentará semanalmente, en sus treinta y ocho fascículos, la historia de la literatura uruguaya. El conjunto abarcará un panorama completo, desarrollado en extensión y en profundidad, de las obras más representativas de la producción literaria nacional, desde la Conquista y la Patria Vieja hasta nuestros días. El lector podrá coleccionar el texto ilustrado de estos fascículos, para contar con un volumen completo al cabo de su publicación; simultáneamente, recordando las tapas podrá disponer de una valiosa iconografía de la historia del país.

Los libros que acompañan a los fascículos formarán la "Biblioteca Uruguaya Fundamental"

6. Acevedo Díaz y los orígenes de la narrativa



"Tropa de ganado atravesando un vado" — Horacio Espondaburo

ACEVEDO DÍAZ Y LOS ORIGENES DE LA NARRATIVA

Decía Henry James que se requiere mucho humus social para producir una literatura. Es cierto, aunque habría que agregar que una literatura cuaja cuando a ese humus se le agrega el revulsivo del conflicto social. A la tarea básica de obtener un mínimo de densidad humana y acumular las presiones, estuvo dedicada esta región de América durante la Colonia, un edén desprovisto de literatura, de historia incluso. Las invasiones inglesas y la irrupción de los ejércitos napoleónicos en España, la decadencia y desmembramiento del Imperio Español y la subsiguiente revolución, vale decir, el máximo concebible de conflicto social, crearon las condiciones para el arranque de la literatura entre nosotros. El imperialismo inglés provocó la primera respuesta literaria: una alegoría teatral representada en 1808 en la Casa de Comedias, **La lealtad más acendrada y Buenos Aires vengada** del presbítero Juan Francisco Martínez. Y la revolución propició el ejercicio comprometido de las letras: Francisco Acuña de Figueroa, castizo, satírico, neoclásico, montevideano, frente a Bartolomé Hidalgo, popular, gauchesco, revolucionario, pata en tierra. Los dos, Escila y Caribdis de la literatura uruguaya, esbozo primigenio de sus dos tendencias, de sus dos tentaciones, de las dos corrientes que se la disputarán hasta hoy mismo.

MAGARIÑOS CERVANTES, EL COLONIZADOR

La novela, porque es una forma madura del saber y una exploración de los modos de existencia, siempre tarda algo más que la poesía y el drama en presentarse a la escena literaria. La primera novela escrita por un uruguayo es, probablemente, **La Estrella del**

Sur. Memorias de un buen hombre, relato del viaje americano de un hidalgo español, en siete tomos de doscientas páginas cada uno, publicados en Málaga en 1849 por Alejandro Magariños Cervantes (1825-1893). Perteneciente a la primera generación romántica, Magariños se inicia como poeta en un contexto de nacionalismo que propone la localización de temas y escenarios, postula la independencia intelectual frente a España y desea la reforma de las costumbres y la sociedad con el ejercicio de la actividad literaria.

Magariños barajó y engoló ese programa hasta la total vaguedad. Así, en el prólogo —escrito en 1844— de **Brisas del Plata**, nacionalismo y compromiso quedaron reducidos a las siguientes cenizas: "Creemos que el poeta, y el poeta americano, más que ningún otro, tiene una misión eminentemente social que cumplir, si quiere merecer ese honroso dictado. Para conseguirlo, debe arrancar de su lira todas las cuerdas profanas, revestirse de dignidad y fortaleza, confiar ciegamente en la Providencia y en los grandes destinos que reserva la América, no desmayar por los reveses y contratiempos que vengan a entorpecer su marcha (...) Su voz poderosa se levantará para anatematizar todo lo malo y retrógrado que hay entre nosotros: sus antecedentes y su posición en la sociedad, darán más peso a sus palabras e influirán poderosamente en el ánimo de sus oyentes. Él tendrá un canto de fe y remuneración por la virtud oprimida, para el genio abatido, para el patriota y el guerrero que se sacrifiquen por la patria..."

La independencia de los románticos frente a España se redujo, ya se sabe, a un traslado de fidelidades al modelo francés. Si bien la situación de dependencia y alienación no se



Montevideo en 1871. Dibujo de Slom.

alteraron sustancialmente, Francia por lo menos era capaz de ofrecer las realizaciones de una literatura pujante y creadora. La desgracia de Magariños Cervantes fue mantenerse fiel a España, que en esos años atravesaba uno de los períodos más lamentables de su historia literaria. En diciembre de 1846, luego de residir casi dos años en Río de Janeiro y absorber los ideales de la "civilización" en la Montevideo sitiada de la Guerra Grande, emprendió viaje para radicarse en España. Allí se ganó la vida escribiendo colaboraciones en los periódicos y hasta dirigiéndolos, se hizo amigo de Ventura de la Vega, José Zorrilla, Bretón de los Herreros y del historiador Modesto Lafuente, y publicó sus novelas.

En 1850 insiste con la segunda, **Caramurú**, que por lo menos tiene el mérito no desdeñable, frente a la anterior, de ser más breve y concentrarse sobre un escenario nacional, entre 1823 y 1827 (período similar al que cubren otras dos novelas de su sucesor, Acevedo Díaz, en **Nativa** y **Grito de gloria**). En 1852 publicó **Celiar**, poema narrativo de enmarañado y abstruso argumento, plagado de ripios y carente de inspiración, derivado inferior de **La cautiva** de Echeverría y antecesor del **Tabaré** de Zorrilla de San Martín. Si Magariños permanece en la historia de la literatura uruguaya se debe a su carácter de fundador y colonizador.

Sería fácil y cruel burlarse de **Caramurú**: basta contar su estafalaria y truculenta trama, reproducir sus diálogos enfáticos y falsos, o copiar partes del capítulo final, en que Álvaro María de Abreu, noveno conde de Itapeby, confiesa en su lecho de muerte que es hermano de su perseguido de **Caramurú**, el

gaucho que ha raptado a la púber Lía (nínfula de "trece primaveras"), a quien también el noble brasileño perseguía con denuedo. Este engendro simple y pueril, que obtuvo varias ediciones en su época, de alguna manera fundó la novela nacional, así sea por la mínima hazaña de mencionar ríos y cuchillas, gauchos y charrúas, quizá también por sumergirse en el combate singular de **Caramurú** y el conde de Itapeby durante la batalla de Sarandí, preludio de la hecatombe de personajes que Acevedo Díaz realizará dentro de la misma incidencia en **Grito de gloria**.

Al fin de cuentas, si bien se sabe que Magariños fue en vida un hombre hinchado y vanidoso, el primer creyente en los altísimos méritos literarios de su obra, oficialmente su **Caramurú** tuvo propósitos bien modestos, según certifica la advertencia con que hizo preceder a su texto: "Nos daremos por muy felices, no obstante, si a favor de una fábula que interese agradablemente al lector y escite (sic) sus nobles sentimientos, conseguimos bosquejar algunos rasgos del país, de la época y de los personajes que figuran en este libro". Sí, algo de esto hay en **Caramurú**.

Magariños emitió una tercera novela antes de alejarse definitivamente de España. Se tituló **No hay mal que por bien no venga** (1852) y narra las desventuras femeninas provocadas por la villanía de un acreedor que extorsiona a la hermana de un jugador, allá por Santa Fe, hacia 1845. El patricio y colonizador regresó al país en 1855 para dedicarse a los estudios históricos, a la ordenación de sus volúmenes de versos y colección de cuantas referencias se hubieran hecho sobre su obra. Convertido en un patriarca de las letras, desde entonces

vivirá del presupuesto nacional: cónsul en Buenos Aires, fiscal, catedrático, ministro de relaciones exteriores, rector de la Universidad.

Antes de terminar la década del 50, la prehistoria de la novela uruguaya adquirió un nuevo título: **La fuerza de un juramento**, de Gregorio Pérez Gomar (1834-1885), que se publicó como folletín de **La Nación** de Montevideo en 1859. Habrá otros más aun. Porque la novela, en este país, tardará muchas décadas en liberarse del esquema melodramático, casi de libreto de ópera; y le llevará incontables fracasos aprender a armar un relato coherente, la conquista del oficio más elemental y hasta la simple operación de narrar con eficacia sin recurrir a estereotipos. Desde entonces, el dominio de los tiempos narrativos, la descripción de escenarios en función dramática y no como trastos de escenografía exótica, el mero dibujo de personajes convincentes y verosímiles, se computarán como destacables triunfos. No siempre logrará Acevedo Díaz, novelista cabal, estos mínimos objetivos. La soltura técnica es, en realidad, un logro muy reciente de la novelística nacional.



General Antonio Díaz, abuelo del escritor.

LA NOVELA ENTRE DOS MUNDOS

La década del 80 fue decisiva en el desarrollo de la novela uruguaya. Son los años que presenciaron el apogeo del positivismo filosófico y durante los cuales el Ateneo concentra la vida intelectual. Década fundadora y reflexiva, éstos fueron también años de transición política, en que se produjo el pasaje del militarismo al civilismo a través de los gobiernos de Santos, Tajés y Herrera y Obes, y de inestabilidad económica en que el especulador Reus levantó el torbellino que desembocará en la crisis del 90. Últimos románticos y flamantes positivistas, racionalistas y católicos (fue una década de tendencias ideológicas sólo en apariencia muy contradictorias), los intelectuales del patriciado ambularán con sus polémicas del Ateneo al Club Católico, de **El Siglo** a **La Razón**, de las Cámaras a la Universidad, aunque quizá no a los directorios de las sociedades anónimas y de los bancos que integraban, por ejemplo, José Pedro Ramírez (senador) y Zorrilla de San Martín (diputado). Pero todos ellos, miembros de la generación del Ateneo, tuvieron un proyecto nacional, una ideología moderadamente coherente, compuesta de creencias o proposiciones comunes, una imagen del pasado y el futuro del país (lo cual es lo mismo) que expresaron a través de la historiografía, la política y la literatura.

Junto con el positivismo se introdujo su contracara literaria, el naturalismo. Costó mucho, y se hace necesario comprender la resistencia.

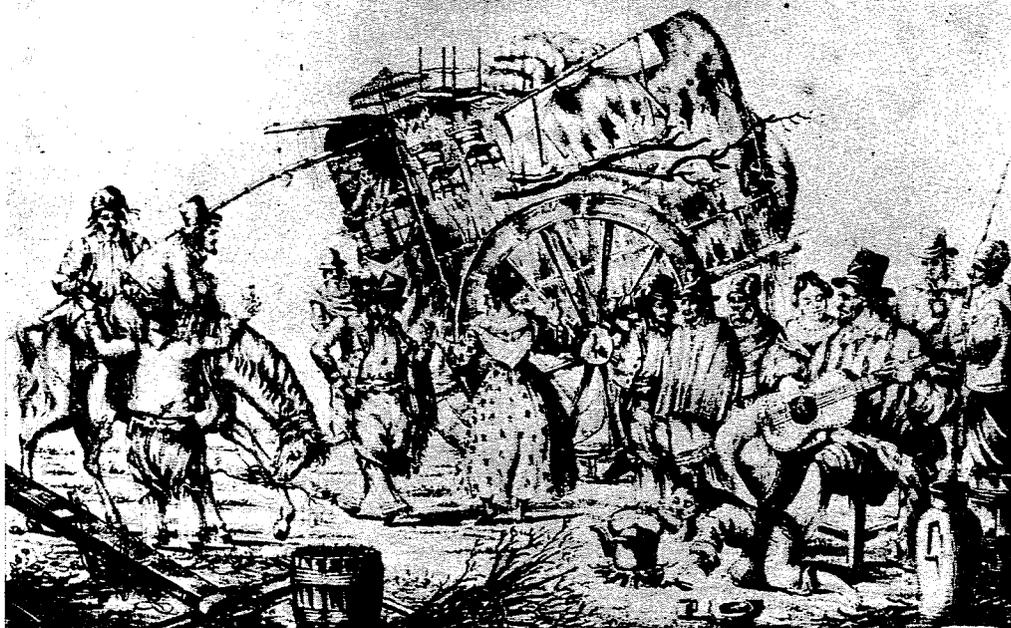
El romanticismo liberal de la Defensa operó sobre una dualidad enmascaradora de la realidad: por un lado la doctrina del americanismo literario, por otro la repugnancia hacia lo verdaderamente americano, el caudillo, la montonera, la selva, la barbarie. Cabía y se exigía convocar la realidad americana, pero con la finalidad de rechazarla por medio de estereotipos, convenciones, exotismos, escenografía. Magariños Cervantes, en *Celiar* y *Caramurú*, exorciza el paisaje y sus habitantes, los aleja, los mediatiza, los neutraliza, los congela, y no sólo por falta de talento.

Cuando asoma la amenaza de un nuevo tratamiento para expresar críticamente la sociedad, los viejos románticos y los nuevos racionalistas levantan apresuradamente el pendón de peligro. Si para Juan Carlos Gómez el francés Zola era repulsivo e indecente, es porque detrás del realismo y el naturalismo los escritores del patriciado entreveían, alarmados, levantarse el fantasma de todo aquello que detestaban, el desorden, el candombe, el caudillaje, la barbarie de los campos, y que habían tratado de exorcizar por medio de leyes, instituciones, papeles, muchos papeles y discursos, y de una literatura edificante y mistificadora. Por eso, Luis Melián Lafinur, un liberal en estado químicamente puro, decía que "Zola calumnia a la sociedad, denigra al hombre; su novela no ve más que lo sombrío y lo innoble de la vida humana; rebaja los sentimientos del lector y corrompe el gusto literario". Sólo cuando los escritores del patriciado comprenden que también pueden instrumentar para sus propios fines esa nueva escuela literaria, porque el análisis crítico que ella promueve no los hará sus víctimas y por el contrario confirmará el orden existente, aceptarán el naturalismo, aunque siempre de un modo parcial y desconfiado.

Juan Carlos Blanco (1847-1910), que hasta su muerte representará lo más rancio del principismo, se levantó en el Ateneo, en 1882, contra el naturalismo literario. Dictó dos conferencias, una titulada "La novela experimental" y la otra "Idealismo y realismo" cuyo objetivo común consistió en formular un alegato contra las tesis de Zola. Dos novelas más se publican en esos años: en 1884 *Los amores de Marta*, de Carlos María Ramírez (1848-1898), y en 1885 *Cristina* de Daniel Muñoz (1849-1930); las dos, sobre todo la de ese gran periodista que fue Sansón Carrasco, conservan páginas rescatables sobre el Montevideo de entonces. Cinco años después de la inteligente recusación de Juan Carlos Blanco, en 1887, un joven escritor de veinte años, Samuel Blixen (1867-1909), redacta uno de los primeros artículos sobre la novela urugua-



El Mercado — Litografía de D'Hastrel — Fragmento.



Oleo sobre tela de Enrique Sheridan — Fragmento.

DIDÁCTICA DE LA NOVELA HISTÓRICA

"Sociedades nuevas como las nuestras, aun cuando acojan y asimilen los desechos o la flor, si se quiere, de otras razas, necesitan empezar a conocerse a sí mismas en su carácter e idiosincrasia, en sus propensiones nacionales, en sus impulsos e instintos nativos, en sus ideas y pasiones. Para esto es forzoso recurrir a su origen, a sus fuentes primitivas y a los documentos del tiempo pasado, en que aparece escrita con sus hechos, desde la vida del embrión, hasta el último fenómeno de la obra evolutiva. Posesionados del médium y de los factores que en él actúan, impuestos de la marcha que ha seguido la sociabilidad, de las causas determinantes de su desarrollo y del proceso de los mismos males que la afligen, es que podemos y debemos trazar páginas literarias que sean el fiel reflejo de nuestros ideales, errores, hábitos, preocupaciones, resabios y virtudes... (...)

"...ahí está el tema, el histórico, que ofrece dilatado campo al talento para buscar en los múltiples detalles del gran drama el secreto de instruir almas y educar muchedumbres — aunque las muchedumbres que se eduquen y las almas que se instruyan no lleguen a ser las coetáneas del escritor" ("La novela histórica", El Nacional, 29 de setiembre de 1895).

"A nuestro juicio, se entiende mejor la "historia" en la novela, que en la "novela" de la historia. Por lo menos, abre más campo a la observación atenta, a la investigación psicológica, al libre examen de los hombres descollantes y a la filosofía de los hechos. El conocimiento del carácter y tendencias, vicios y virtudes de la propia raza debe interesar al espíritu de los descendientes con preferencia a la simple exposición de sucesos y efectos, de método didáctico; como al buen agricultor interesa ante todo el análisis de las calidades de la tierra donde ha de echar la semilla para recoger los deseados frutos, y justipreciar las energías y desarrollos fecundos de la fuente de producción futura. (...)

"Es necesario hacer el relato de los lustros sombríos sin calculadas reservas, para que al fin nazcan ante sus ejemplos aleccionadores los anhelos firmes a la vida de tolerancia, de paz, de justicia y de grandeza nacional. (...)

"Todos saben que la verdadera literatura de un pueblo está en sus orígenes, en la reproducción exacta de los tipos, hábitos y costumbres ya casi extinguidos por completo, en el estudio de los instintos primitivos, cómo se adobaron esos instintos y a qué extremos los condujo el arranque inicial del cambio hasta llegar a la primera etapa del progreso". ("Sin pasión y sin divisa", prólogo de Lanza y sable, 1914).



Acevedo Díaz en la época de la publicación de "Brenda".

ya, en el que profetiza que llegará al país la tendencia general "de un siglo literario nacido entre los arranques alborotadores del lirismo romántico, entre el estruendo de Hugo, Vigny, Lamartine y Lord Byron, para morir tranquilo en brazos de la novela científica, de la novela de estudio y observación que se alimenta del genio de Zola, de Daudet, de Dumas hijo, de Pérez Galdós y de Pereda". Ya están anunciados Pérez Petit, Magariños Solsona y Javier de Viana. Falta el personaje de transición, el novelista entre dos mundos, el ambiguo, el bivalente, el que probará el último, y ahora triunfal, enmascaramiento del romanticismo ante la realidad: Eduardo Acevedo Díaz (1851-1921). Ese pasaje también se produjo en la década del 80, en los dos años escasos que separaban **Brenda** (1886) de **Ismael** (1888), y buena parte del impulso que llevó a ese cambio se debió —según ha registrado Alberto Palomeque— a la desfavorable recepción pública que mereció la primera novela. La llegada del primer plebeyo al gobierno, el coronel Latorre, no fue un hecho anómalo; por el contrario, certificó el primer gran fracaso del patriciado como clase gobernante, perdido en la maraña enajenante del principismo. La nueva clase terrateniente que por entonces emergía y se expresaba a través de la Asociación Rural, trajo unas fuertes dosis de realismo económico, exigencias de eficacia política y administrativa, y puso oficialmente en crisis, con su utilitarismo, el contenido suntuario, abogadil, oratorio, de la educación y la cultura del patriciado.

ORDEN SOCIAL SANTIFICADO

Siempre se ha desdeñado la presencia de dos novelas en la obra de Acevedo Díaz: la mencionada **Brenda** y **Minés**, de 1907. Con toda razón, se las considera débiles, erróneas, de escasa entidad literaria, y notoriamente inferiores a las cuatro que componen el ciclo histórico (**Ismael**, 1888; **Nativa**, 1890; **Grito de gloria**, 1894; y **Lanza y sable**, 1914). Pero nunca se ha intentado examinar su presencia en la producción acevediana: más bien se las silencia compasivamente. **Brenda** sería un despidado ensayo inicial y **Minés** un retroceso lamentable. Pero si bien podría aceptarse ese juicio sobre **Brenda**, el prólogo de **Minés**, que es su explícita defensa y la exposición de la necesidad que de ella tuvo su creador, exige que se la considere con mayor atención.

No hay retroceso en **Minés**, sino una sorprendente afinidad con **Brenda**. Están separadas por casi veinte años y por la práctica de abundantes elementos realistas y naturalistas en tres novelas históricas, en la novela corti



Estado Mayor de Aparicio Saravia en la Revolución de 1857.

Soledad (1894), en esa obra maestra que es el cuento largo **El combate de la tapera** (1892), pieza fundamental del realismo en el Río de la Plata; y sin embargo son dos novelas decididamente románticas, almidonadas incluso. No se asemejan por el hecho de que ambas presenten acciones contemporáneas al escritor, ni por ser historia de amores contrariados y accidentados, **Brenda** con un final feliz y **Minés** con uno trágico. La afinidad proviene de la actitud del creador ante sus personajes, pertenecientes a las clases altas urbanas, gente refinada, culta, elegante, de sentimientos complicados y sutiles. Y la importancia que para la interpretación ofrecen, radica en que tales personajes no son una excepción en la novelística de Acevedo Díaz: todos sus patricios son así y obedecen a una uniforme visión idealizadora de los modos psicológicos, costumbres y valores de las clases altas de la sociedad. Raúl Henares, de **Brenda**, y Ricardo Valdemoros, de **Minés**, se adscriben al mismo ámbito social del Luis María Berón de **Nativa y Grito de gloria**; las heroínas epónimas de aquellas dos novelas son hermanas de

clase de otras tantas desdichadas, desvaídas figuras femeninas de su tetralogía histórica.

Contrariamente a lo que sucede en la tetralogía histórica, en **Brenda** y en **Minés** no aparecen personajes populares. El más parecido a ellos es el negro Zambique, anciano liberto de la familia de Brenda, a la que sigue sirviendo devotamente. Zambique podría ser la prolongación de Esteban, negro liberado que sigue a su amo, Luis María Berón, con fidelidad perruna, hasta la muerte. Sobre Zambique reflexiona vastamente el novelista: "Parece que ya se extinguió con la antigua servidumbre ese género de lealtad noble y consecuente, muy distinta a la obediencia muda impuesta por el rigor de la cadena, y que nacía para perpetuarse al calor de los hogares lo mismo que la planta invariable cuyo verde risueño no empalidece al soplo de los tiempos. En el alma del viejo negro había una siempre verde: la gratitud, que engendra el amor, la abnegación y el sacrificio". Es la santificación del orden social, del paternalismo basado en jerarquías naturales, que subsisten aunque no se apoyan en las relaciones jurídicas de la

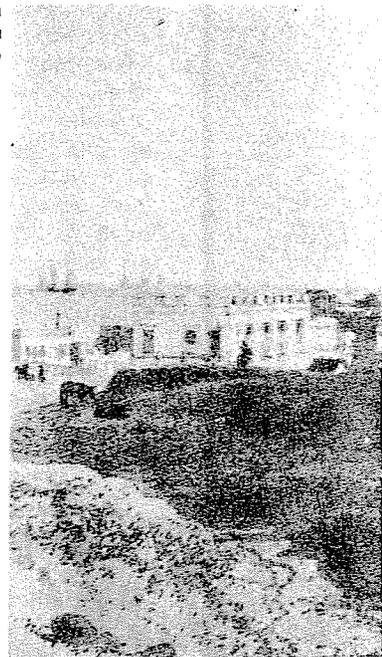
esclavitud o del salario. Un orden social que la revolución, por cierto, no cuestionó, aunque cincuenta años después (**Brenda** transcurre durante la década del 70) empezaba a declinar y por eso Acevedo Díaz lo contempla melancólicamente, con la arrogante benevolencia de quien se siente confirmado en su puesto por la relación amo-esclavo.

Y no podía ser de otra manera, porque la visión que de la sociedad tenía Acevedo Díaz era la de un patricio. Nacido en la Unión, la Villa de la Restauración de Oribe, su madre era hija del general Antonio Díaz, guerrero de la Independencia que intervino en la batalla de Ituzaingó, apoyó al gobierno del Cerrito y redactó unas Memorias que aún permanecen inéditas y que utilizaron su hijo Antonio para componer su **Historia General de las Repúblicas del Plata**, y su nieto Eduardo para la redacción de su ciclo de novelas históricas.

Pero es un patricio en momentos en que su clase inicia justamente la declinación. Suficiente, entonces, para que el escritor se muestre incapaz de contemplar a sus iguales sin remilgos idealizadores; pero situado en una coyuntura social y cultural muy precisa que le permite describir críticamente a las clases populares. Confróntese su actitud valorativamente bifronte cuando se sitúa ante las clases sociales. Romántico (acartonado y falso) ante sus iguales, naturalista (vigoroso, expresivo, crudo) ante los habitantes de la campaña. **Literariamente hablando, el pueblo salvó a Acevedo Díaz.**

Ya otros críticos han señalado la utilización de una tosca teoría del instinto como ingrediente doctrinario que explica la conducta del gaucho y sus mujeres (Ángel Rama), y los extremos que se permite cuando presenta las relaciones eróticas de los habitantes de la campaña como ejercicio de animalidad (Rodríguez Monegal). No conviene insistir, entonces, en este tipo de análisis; aunque sí en su contenido ideológico, ese rudimentario evolucionismo que el novelista fue absorbiendo y que en definitiva vino a confirmar, a sancionar como justa su visión del orden social. El naturalismo no fue, y mucho menos en Uruguay, una doctrina estética revolucionaria, liberalizadora; como tampoco lo fue el evolucionismo, pese a que ambos chocaron contra la cubierta moralizante protectora de la burguesía europea, la que en un principio juzgó grosera e indecente tal reducción del hombre a factores hereditarios y taras naturales. Cuando advirtió que Darwin y Zola servían a sus propios fines, en la medida en que acababan justificando el orden jerárquico de la sociedad, y esa desigualdad que ahora —¡al fin!— tenía un fun-

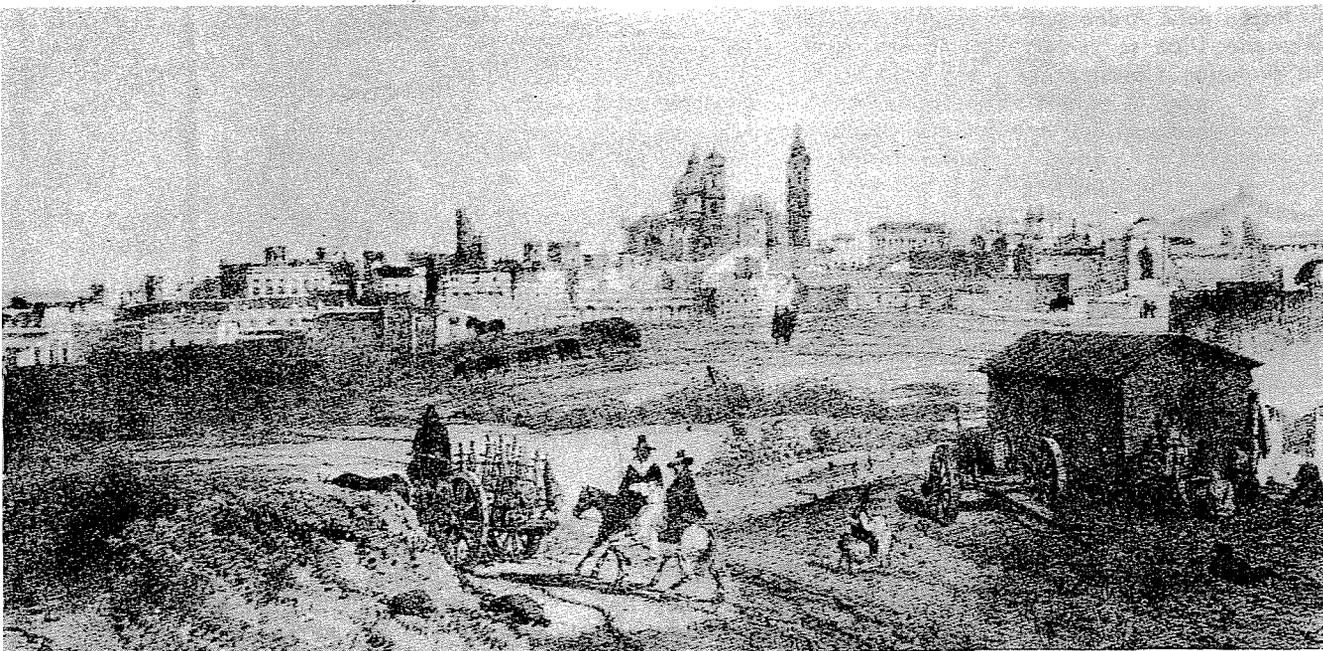
Vista general de Montevideo tomada del Cementerio Nuevo. — Litografía de D'Hastrel — Museo Histórico Municipal.



LA LITERATURA COMPROMETIDA

"Levantar con sus cantos instituciones elevadas que decaen, retemplar las conciencias que desmayan, dar una nota más alta a las virtudes, encelar los sentimientos de gloria, mantener perpetua la trova al honor, añadir nuevas ofrendas a la patria, tejer coronas al mártir, al héroe, al apóstol, precediendo a la justicia de los tiempos, y fortalecer en el seno de la familia el culto del amor no conocido por las sociedades antiguas — todo esto pertenece al reino de la poesía americana".

(*Ideales de la poesía americana, 1884*).



DICATORIA DE "ISMAEL" DOMINGO ARAMBURÚ

(*"El Siglo"*, 20 de julio de 1893).

Señor Doctor don Domingo Aramburú:
Debía a usted este tributo.

Si algún mérito tiene es el de ser la obra un fruto de país, de corteza ruda y selvática y jugo nada parecido al de la miel de las abejas del Ática. Hay que aceptarlo como es, producto del clima y del terrón, mezcla de dulzor y de amarguras que a nadie acaso agrade, sino que se enorgullecen de su origen y no reniegan de su abolengo. El pobre *Ismael* es como rama de ombú en la que se posaron las aves salvajes, y en donde el "maestro" buscó refugio en medio de los dramas ignorados y el pago; condensación de instintos de fiera independiente, de soberbia cerril y de amor profundo por la tierra; esta leyenda de una saciabilidad embrionaria que se alimenta de la pasión como vehículo de la idea, y en la que aparece el coraje nativo yéndose en sangre, sin cesar de lamentos, antes de ceder el fuero de sus soledades. Acójalo usted con cariño, y guste del fruto sin renuencia que no ha de encontrar usted en él zumo azoñoso.

Su amigo muy affmo.

Montevideo, julio 12 de 1893. EDUARDO ACEVEDO DÍAZ.

PRAXIS DE LA NOVELA HISTÓRICA

"¿Qué es más preferible para la formación del buen gusto popular y su reforma, la novela de la historia —no la historia en sí misma— que deforma los hechos y los hombres, o la novela histórica, que resucita caracteres y renueva los moldes de las grandes encarnaciones típicas de un ideal verdadero?"

(*"Consultas"*, prólogo de Minés, 1907)

damento científico, se apropió apresuradamente de ellos. Igual sucedió aquí.

Razón tiene Ardao cuando estipula que "en Acevedo Díaz se cumple, de manera típica, la evolución filosófica que en la segunda mitad del siglo XIX llevó a un sector de la inteligencia uruguaya del espiritualismo metafísico al evolucionismo positivista. Tiene ello que ver con su trayectoria literaria". Claro que sí.

Acevedo Díaz firmó en 1872, a los veintinueve años, la "Profesión de Fe Racionalista". De un texto de 1884 sobre Ángel Floro Costa se infiere su simpatía hacia el evolucionismo positivista, cuya hinchada y retórica terminología, por otra parte, gravará onerosamente tantos fragmentos ensayísticos de sus novelas. Frente a la debatida cuestión de si la obra literaria de Acevedo Díaz se inscribe dentro del romanticismo o del realismo naturalista, Ardao sentencia: "Las tendencias realista y naturalista fueron epifenómenos artísticos del positivismo filosófico, así como el romanticismo lo fue en su hora del clásico espiritualismo metafísico. El positivismo a que llegó Acevedo Díaz estaba asentado sobre el subsuelo romántico de la ardiente mocedad, al que permaneció siempre ligado, en literatura y en política, el fondo de su temperamento. Fue así forzoso que por su obra corrieran jugos subidos desde el terreno histórico en que su personalidad anímica hundía las raíces. Pero se empeñó a conciencia en que el fruto no fuera precisamente romántico".

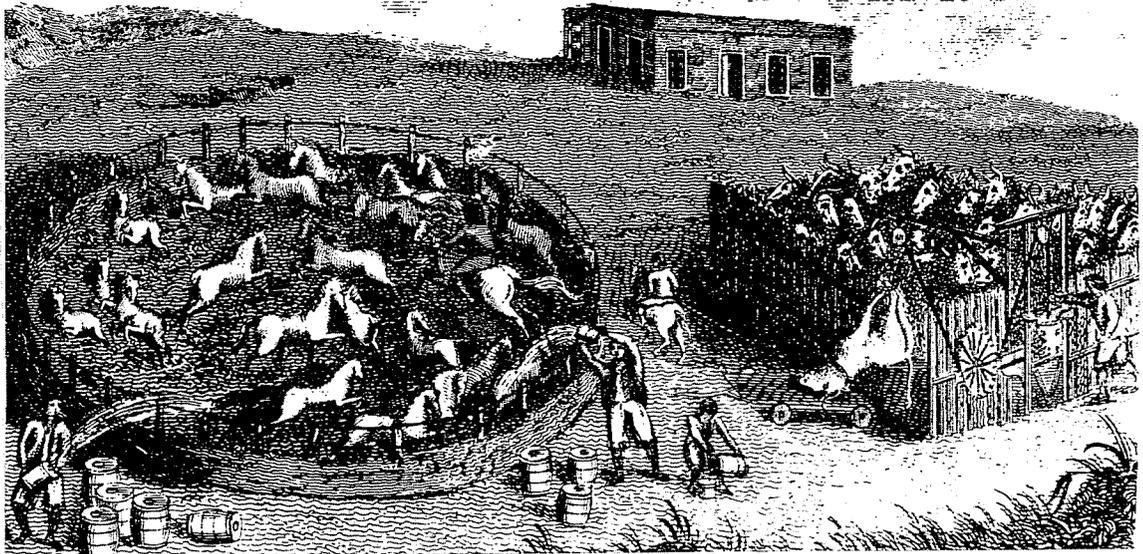
En tales condiciones, los resultados estéticos y políticos no podía ser sino ambiguos, bivalentes, bifrontes. Aunque nunca terminó sus estudios de abogacía, Acevedo Díaz fue siempre un "dotor"; aunque participó en la revolución de Timoteo Aparicio, en 1870, contra el gobierno de Lorenzo Batlle, en la Tricolor de 1875 contra Latorre, y en la de 1897 contra Idiarte Borda, no sería difícil probar su desapego ante los valores implícitos en esas protestas de un mundo campesino que en ellas agonizaba. Ello vendría a explicar la desconfianza que Aparicio Saravia siempre sintió hacia Acevedo Díaz y el apoyo que éste prestó a la candidatura presidencial de Batlle en las elecciones de 1903, lo que determinó su expulsión del Partido Nacional.

UN PROYECTO GENERACIONAL

Son bien conocidas las declaraciones de Acevedo Díaz sobre una didáctica de la novela histórica e incluso su contribución a la revalorización de la figura de Artigas; es un triunfo de esas novelas, y de la obra intelectual de su generación, que no se haya rastreado la historicidad de las mismas y no se

Aspecto actual de la calle donde nació, en 1851, Eduardo Acevedo Díaz — Litografía de Tony Toullion sido destruída.





Corral de ganado y pisadero de barro — Grabado de William Gregory.

las haya ubicado en el preciso contexto de pesimismo y frustración de las que emanaron como contradicción afirmativa. La falencia del patriciado intelectual, desprendido de esos sostenes de la realidad que eran la estancia y el comercio, inició el proceso; el liberalismo fanático de los principistas los desalojó del poder, lo que permitió el ascenso de un militar plebeyo. El Estado era débil y pobre, y con frecuencia no regía — como decía el pintoresco Piria en 1879— más allá del Paso del Molino. "En cuarenta y cinco años hemos tenido diecinueve revoluciones. La guerra es el estado normal de la República", denunciaba en 1876 José Pedro Varela. Son años amargos, en que se descrece del futuro y el destino del país independiente. Juan Carlos Gómez, colorado y principista, propicia la incorporación lisa y llana de la república a la Argentina; y Ángel Floro Costa, a quien con tanto respeto le atara posteriormente Acevedo Díaz, publica en 1880 su *Nirvana*, el más desolador testimonio del pesimismo uruguayo.

Buena parte de la generación del Ateneo se lanza a entonar las energías deprimidas de un país pobre, minúsculo, despoblado, aún no recuperado de la terrible sangría de la Guerra Grande, dividido por las guerras civiles y escéptico ante el porvenir. En esa tarea, por cierto, no estuvo sola; y muy disímiles integrantes de otras generaciones emprenden la tarea de salvataje, en la que hubo lugar para todos, tanto para la prédica incansable de Domingo Ordoñana, fundador de la Asociación Rural y vocero de los intereses agrarios, como para los versos patrióticos de un joven

poeta, Zorrilla de San Martín, en la ocasión de *La leyenda patria* (1879), y los cuadros históricos de Blanes ("El juramento de los Treinta y Tres", 1878, y "La batalla de Sarandí", 1882).

Como suele ocurrir en los períodos de crisis y depresión, el autoanálisis histórico prosperó en esos años de profunda transformación de nuestra historiografía. La *Historia de la dominación española en el Uruguay*, de Francisco Bauzá, es de 1880; el *Artigas* de Carlos María Ramírez es de 1884, y *La insurrección emancipadora* y *El Gral. Artigas y su época* de Justo Maeso son de 1885; y al año siguiente pertenece el *Artigas* de Fregeiro. De lo que se trataba entonces era de fundar empecinadamente una patria, un país organizado y estable, quizá también —aspiración suprema— una nación. Y todos los instrumentos intelectuales y artísticos se consideraron adecuados, así fueron poemas, pinturas, libros de historia, relatos y novelas. Había que proporcionar imágenes, ilustraciones, leyendas, símbolos, mitos.

En "La novela histórica", artículo publicado en *El Nacional* en 1895, Acevedo Díaz racionaliza su experiencia adquirida en la redacción de tres de las cuatro novelas de su ciclo histórico, y dice: "El novelista consigue, con mayor facilidad que el historiador, resucitar una época, dar seducción a un relato. La historia recoge prolijamente el dato, analiza fríamente los acontecimientos, hunde el escalpelo en un cadáver, y busca el secreto de la vida que fue. La novela asimila el trabajo paciente del historiador, y con un soplo de inspiración reanima el pasado, a la manera como un Dios, con

un soplo de su aliento, hizo al hombre de un puñado de polvo del Paraíso y un poco de agua del arroyuelo".

La retórica en este caso no molesta, porque revela que el novelista se ve a sí mismo como un demiurgo, un ilustrador, un maestro. Quince años después, en 1910, en el prólogo de **Las Instrucciones del Año XIII** de Héctor Miranda, Zorrilla de San Martín adujo idénticos fines: "Debe entenderse por Patria, ante todo y sobre todo, una comunidad de imágenes, de recuerdos, de emociones entre los habitantes de una región determinada de la tierra, que constituya una pasión o pujante sentimiento, germen de virtudes".

Cierto es que Zorrilla no se postulaba como historiador científico, sino como "historiador artista", del mismo modo que Acevedo Díaz se consideraba novelista de la historia. Pero aun los historiadores a secas se confunden en un gran proyecto generacional: levantar un pueblo postrado suministrándole imágenes, recuerdos, emociones; leyendas y mitos, en definitiva. "Cada época tiene una imagen definida y peculiar de todos los pasados que son accesibles a su conciencia", dice el historiador alemán Egon Friedell. "La leyenda no es una de las formas, sino la única forma en que podemos pensar, imaginar y revivir la historia. Toda historia es leyenda, mito, y en cuanto tal es el producto de la situación momentánea de nuestras potencias espirituales, de nuestra capacidad de comprensión, de nuestra capacidad de estructuración, de nuestro sentimiento universal".

El mito, conviene aclararlo, no es una mentira ni una falsificación; podrá parecer un disfraz posterior de una verdad de fe, como dice Martín Buber, pero no es sino el producto de una visión formadora. Y prospectivamente, su funcionalidad es distinta: "El verdadero propósito del mito —acalara el teólogo Rudolf Bultmann— no es presentar una pintura objetiva del mundo como es, sino expresar la comprensión que de sí mismo posee el hombre en el mundo en que vive".

A ese pueblo postrado y desanimado había que mostrarle no todo el pasado, sino ciertos fragmentos bien elegidos y desplegados en una suerte de *western* estimulante y dinámico, heroico, muy heroico. No se podía ni debía contar la historia exactamente tal como fue, mucho mucho menos revelar la verdad del federalismo artiguista, y el texto exacto de las leyes del 25 de agosto, el origen mediatizado del Estado Oriental bajo la protectora mano de Su Majestad británica. Hay verdades que a los niños no se dice, o se les revela de a poco, a través de leyendas y parábolas, de modo que oigan pero no entiendan.

Por convicción, pero también con propósitos docentes, la realidad resulto otra vez enmascarada, reprimida, obturada. A Acevedo Díaz, el arsenal del evolucionismo le proporcionó, como antes el espiritualismo a los románticos, unas categorías sociológicas y científicas impresionantes, aparatosas, mitificadoras. Se trataba de reafirmar la independencia y la viabilidad autónoma del país, credo funcional de la generación del Ateneo, y atribuírselo a Artigas, a Lavalleja, a Oribe, a las masas gauchas del federalismo. En el capítulo II de **Grito de gloria**, imagina un debate entre Lavalleja y Oribe sobre la nacionalidad oriental. Hace que Oribe diga:

"El caso es el siguiente —decía el de elevada talla—: nuestra tierra en poder de los brasileños desde hace años, es considerada por éstos como una de sus provincias, en mérito del acta de incorporación arrancada a un cabildo débil. Los argentinos, por su parte, sostienen que ella les pertenece de derecho, aun cuando Artigas la separase de hecho del antiguo virreinato, y sin duda se reservan reincorporársela en la ocasión propicia..."

A lo cual Lavalleja contesta: "Nación independiente podemos ser. Los paisanos no quieren ser más que orientales". Y Oribe: "Siempre he creído que nuestra hermosa tierra separada de ésta y de otras por los grandes ríos y por el océano, está destinada a encerrarse dentro de sus naturales límites y a vivir de sí misma, con sólo el amor de sus hijos".

Es la misma represión psicológica que atacaba a Zorrilla cuando, en **La epopeya de Artigas**, reproducía partes de los textos del protocolo preliminar firmado en Río de Janeiro el 27 de agosto de 1828, según el cual la provincia de Montevideo queda separada del Imperio y desprendida de las Provincias Unidas, para constituir un Estado soberano; luego de lo cual acotaba: "Es la consagración, como veis, de la Declaratoria de la Florida de 1825" y a continuación transcribía el texto, que dice exactamente todo lo contrario: "Queda la Provincia Oriental del Río de la Plata unida a las demás de este nombre en el territorio de Sud América, por ser libre y espontánea..."

UN GAUCHO, DOS GAUCHOS, TREINTA Y TRES GAUCHOS

Hay cegueras situacionales, que corresponden más explicar que atacar. Zorrilla, Bauzá, Ordoñana, Blanes, Acevedo Díaz, y tantos otros entre 1875 y el 900 estaban animados por un hondo y sincero espíritu patriótico y nacional; justamente por eso se confeccionaron la imagen histórica, voluntariosa y algo forzada, de una nación. Por eso la contrapartida ideoló-

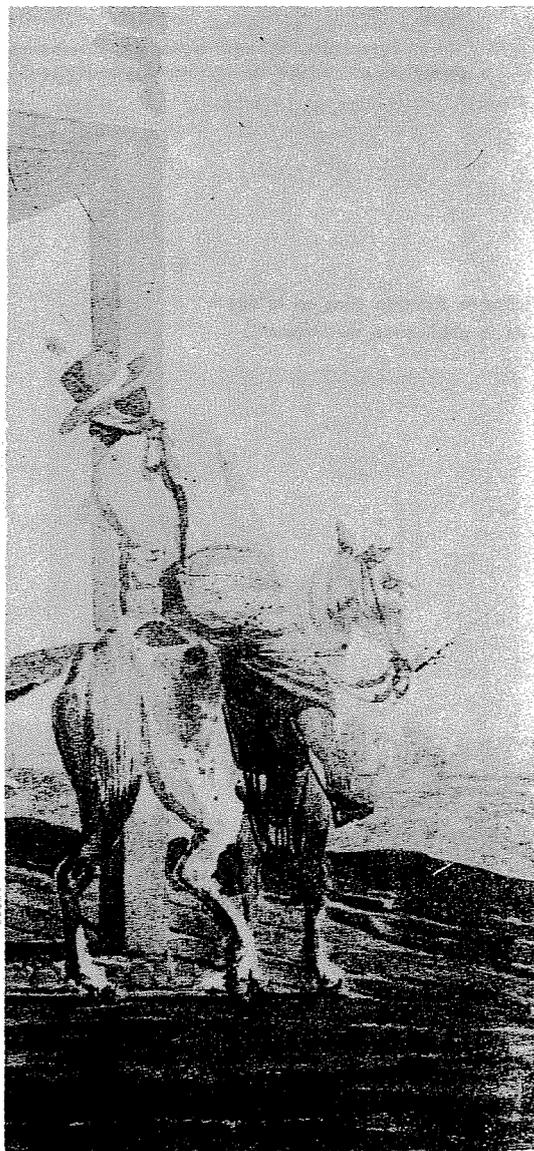
gica de tal voluntad resultó cierta: de algún modo contribuyeron a forjar si no una nación, al menos un país, el Uruguay, que flotaba indeciso, nebuloso, antes de que ellos vinieran. Crearon una conciencia nacional y lenta, imperceptiblemente se las arreglaron para realizar la hazaña de fundar por segunda vez la República Oriental del Uruguay.

El Uruguay, como entidad autónoma, parece inconcebible antes de la Guerra Grande; todavía la Triple Alianza nos coloca en un contexto continental, el que se va adelgazando hasta el regionalismo implícito en la familia Saravia. Entre Latorre y Batlle se formaliza el proceso para constituir, dentro de un mercado internacional regido por Inglaterra, que nos hizo económicamente viables, un país independiente. En ese ámbito Acevedo Díaz elabora las novelas de su tetralogía, con declarados propósitos didácticos: ilustrar imaginativamente fragmentos elegidos con mucho cuidado del pasado nacional, y con ellos probar que el Uruguay era desde sus orígenes una entidad con voluntad y personalidad independientes. Ese mito fue el proyecto manifiesto de la generación del Ateneo.

La tetralogía de Acevedo Díaz está compuesta de novelas, lo cual implica que deberían sostenerse y justificarse en un circuito de validez propia; los críticos han probado los méritos estrictamente estéticos de esas novelas y a ellos corresponde remitirse. Pero si toda obra literaria es un producto de la historia, esa condición se multiplica en las novelas históricas que ostentan los propósitos didácticos e ideológicos como los ofrecidos por Acevedo Díaz. Había que revelar la historicidad de la tetralogía histórica.

No es por azar ni por masoquismo negativo que esa tarea revisionista se imponga hoy, imperativamente; porque tampoco es producto del azar, sino de circunstancias muy precisas, el hecho de que sus novelas se lean más hoy que en su tiempo. Cabe probar esto. De las diez ediciones de *Ismael* entre 1888 y 1966, siete se han publicado después de 1945; de *Soledad* hay siete ediciones, cinco de las cuales se acumulan entre 1954 y 1965. Es una paradoja que la obra de Acevedo Díaz se lea precisamente ahora, cuando se presencia el ocaso de ese Uruguay que la tetralogía histórica contribuyó a formar, cuando se ha agotado el proyecto nacional de la generación del Ateneo, cuando boquea tristemente, en medio de la apatía, la falta de imaginación y el escepticismo, un país cuya enfatizada independencia se ha reducido a una solitaria marginalidad y cuando muchos descreen, igual que a fines de la Guerra Grande —país inerme y postrado, empobrecido y víctima del desalien-

Gaucha — Acuarela de Emeric Essex Vidal.



ACEVEDO DÍAZ JUZGA A SU PREDECESOR, ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES

"Fue Alejandro Magariños Cervantes mi cate- drático de derecho de gentes; y aparte de lo mucho de bueno que de él recogí y asimilé en esa materia, escuché más de una ocasión de sus labios siempre trémulos como los de un iluminado, cosas muy hermosas que hacían revivir en ellos encantadores ideales y teorías extraterrestres, de aquellas que él había bebido en su ardiente ju- ventud en la hipocrene romántica, y que ya em- pezaban a evaporarse al embate de una corriente nueva, como los cuentos que escuchábamos ató- nitos en la niñez.

"Tan sólo eso me ligó a él, por algún tiempo, el lazo que une al maestro con el discípulo fer- voroso, que se rompe con los años y la ausencia, para dar lugar a la formación de otros en las luchas sin treguas de la vida.

"Pero, en cambio, le seguí siempre con respeto y cariño en el campo de las letras, porque era

un generoso divulgador de las virtudes de la raza y de las leyendas nativas, cuya voz de ecos ar- moniosos se escuchaba fuera de fronteras y se im- ponía, más que por los prestigios de su índole y escuela literaria, por la robustez del sentimiento y los gritos de su alma entera y varonil. Eran en sus cantos heroicos, en sus poemas inspirados, en su prosa de romancero, grandes y puras sus mu- jeres; sus gauchos, caballeros andantes de la gloria y del honor, los dispersos asilos de una raza va- gabunda; dignos de los legendarios torneos los lanzones de los fieros caudillos; perdurables las promesas y juramentos que recogían las selvas misteriosas, como en las cortes medioevales y en las torres del homenaje las endechas de pálidos trovadores!

"Aunque espíritu múltiple en sus manifesta- ciones, hombre de leyes, orador, novelista, asi- milador de conocimientos didácticos por inmensas lecturas, filósofo espiritualista, pensador a lo Comte, político de accidente más que de intención, partidario altruista antes que sectario de divisa, tan preclaro ciudadano debió alejar parecidos; y quedará como poeta nacional por la unción de sus estrofas y la universalidad de sus ideas de- rramadas sobre el suelo nativo, como una esen- cia perpetua de queridos, entrañables amores. (...)

"Lo que acentuó su personalidad y le dará supervivencia, fue la vasta y fecunda obra de su ingenio, la legítima influencia por él ejercida en las letras de su tiempo, el tema escogido para la labor continuada que acometió, y en la que per- sistió con denuedo, hiriendo en la fibra patriótica sin cesar, como un llamado permanente a los ideales que no mueren y se transmiten cada vez más firmes de generación en generación.

"Aunque de una escuela literaria distinta, por su fórmula, espíritu y tendencias; aunque mis gauchos melencólicos y taciturnos no son sus gau- chos caballerescos, líricos, sentimentales, ni mis heroínas hoscas y desgredadas son lo que sus angélicas mujeres; ni los amores silvestres que yo pinto, llenos de acritud o de fiera, se parecen a sus castos idilios junto al ombú o a la enrama- da, ni llegan los odios que él describe hasta más allá de la muerte, como en mi modo de ver yo los descubro en el fondo selvático de una raza bravia — aparte de todo esto, justo es reconocer que si Hidalgo fue el precursor, él fue el divul- gador, quien dio el santo y seña y enseñó a la juventud inteligente el secreto de las grandes inspiraciones nacionales.

"Ése es su mérito real y su salvoconducto al porvenir".

(Fragmentos de la carta de Acevedo Díaz a Alberto Palomeque con motivo de la muerte de Alejandro Magariños Cervantes. "El Siglo", 25 de marzo de 1893).

Eduardo Acevedo Díaz en la época de la publicación de "Ismael".



to— en su destino autónomo y en su futuro colectivo.

La paradoja se reduce bastante cuando se piensa que la lectura de Acevedo Díaz se produce en circunstancias similares a las que ambientaron la redacción de la tetralogía y que existe, hoy como ayer, la misma necesidad de autoanálisis histórico y un hambre latente de mitos y leyendas. La diferencia es que nuestros artistas no han comprendido esa necesidad ni han logrado intuir los vehículos expresivos para satisfacerla. La paradoja se transforma en peligro si se considera que, ante el fracaso o ausencia de los escritores actuales, la gente se vuelca hacia los mitos y leyendas socialmente inoperantes hoy, que portan las novelas de Acevedo Díaz.

Algo de esto intuía Francisco Espínola. Hace más de un cuarto de siglo, en un prólogo para *Ismael*, escribió: "Para los orientales dice (Acevedo Díaz) cosas que los oídos extraños no logran escuchar. Es que a su propósito artístico esencial —realizar obra estética— él quiso agregar otro que también le nacía, igualmente imperioso, en el fondo del alma. Mediante su literatura él va a revelar a su

pueblo la historia de sus padres, ahondando con sentido sociológico y docente sencillez aquello que la nación debe reconocer como elementos negativos o como fuentes de energía para el porvenir". Y agregaba más adelante: "Tenemos que salvar la mayor extensión posible del pasado para que siga actuante en el presente a fin de ir «formando» la nación. Porque todavía no somos del todo una nación".

La enseñanza que proviene de Acevedo Díaz y sus contemporáneos, se levanta del espíritu que los animó, no de la letra; el ejemplo se desprende de la hazaña de haber emprendido una empresa intelectual y política gigantesca, no de su visión del pasado. Sólo expresando la comprensión que de nosotros mismos tenemos en el mundo en que vivimos, la nueva generación logrará emularlos. La letra mata, el espíritu vivifica. Si nos atenemos al mito de ellos, será inevitable la caída en el pesimismo premonitorio de Eladio Linacero, el sombrío personaje de Onetti, epítome y adelantado de un sentimiento creciente entre los uruguayos, cuando dijo: "Detrás de nosotros no hay nada. Un gaucho, dos gauchos, treinta y tres gauchos".

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

De Eduardo Acevedo Díaz

Obras: primeras ediciones: **Brenda** (Buenos Aires, 1884); **Ismael** (Buenos Aires, 1888); **Nativa** (Montevideo, 1890); **Grito de Gloria** (La Plata, 1893); **Soledad** (Montevideo, 1894); **Arroyo Blanco** (Montevideo, 1898); **Canal Zabala** (Montevideo, 1903); **Minés** (Buenos Aires, 1907); **Épocas militares de los países del Plata** (Buenos Aires, 1911); **Lanza y sable** (Montevideo, 1914); **El mito del Plata** (Buenos Aires, 1916).

Ediciones en "Biblioteca Artigas: Colección de clásicos uruguayos": **Ismael** (nº 4), con prólogo de Roberto Ibáñez - págs. VII-LXV; **Soledad y el combate de la tapera** (nº 15), con prólogo de Francisco Espínola, págs. VII-XXXII; **Nativa** (nº 53), con prólogo de Emir Rodríguez Monegal, págs. VII-XLVIII; **Grito de Gloria** (nº 54), con prólogo de Emir Rodríguez Monegal, págs. VII-XXXIX; **Lanza y sable** (nº 63), con prólogo de Emir Rodríguez Monegal, págs. VII-XLIV.

Otras ediciones: **Crónicas, discursos y conferencias** (Montevideo, 1935).

Sobre el escritor:

Prólogo "ut supra"

ACEVEDO DÍAZ (hijo), Eduardo: **La vida de batalla de Eduardo Acevedo Díaz**. Buenos Aires, 1941.

ARDAO, Arturo: **La evolución filosófica de Eduardo Acevedo Díaz** (en "Marcha", nº 628, del 27 de junio de 1952).

ESPINOLA, Francisco: **Prólogo a Ismael** (Colección Jackson, nº 30).

ETCHEVERRY, José Enrique: **Historia, nacionalismo y tradición en la novela de Eduardo Acevedo Díaz** (en "La novela iberoamericana", Albuquerque, Nuevo México, 1951).

ETCHEVERRY, José Enrique: **Eduardo Acevedo Díaz: apuntes para el estudio de su ideario estético** (en "Marcha", nº 582, del 29 de junio de 1951).

IBÁÑEZ, Roberto: **El primer suplicio: notas a un cuento olvidado** (en "Marcha", nº 582, del 29 de junio de 1951).

LASPLACES, Alberto: **Eduardo Acevedo Díaz** (en "Historia sintética de la literatura uruguaya", Montevideo, 1931, volumen I).

PALOMEQUE, Alberto: **Eduardo Acevedo Díaz (del natural)** (en "Vida Moderna", Año I, tomo III, nº 7, Montevideo, 1901).

PÉREZ PETIT, Víctor: **Eduardo Acevedo Díaz** (en "En la Atenas del Plata", Montevideo, 1944).

PIVEL DEVOTO, Juan: **El destino de los escritos históricos del Gral. Antonio Díaz** (en "Marcha", nº 943, del 26 de diciembre de 1958).

PREGO GADEA, Omar: **El arte narrativo de Acevedo Díaz en "Soledad"** (en "Marcha", nº 742, del 22 de octubre de 1954).

RAMA, Ángel: **Ideología y arte de Eduardo Acevedo en El Combate de la Tapera** (Montevideo, 1965).

RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir: **Eduardo Acevedo Díaz** (Montevideo, 1963).

ZUM FELDE, Alberto: **Eduardo Acevedo Díaz** (en "Proceso intelectual del Uruguay" (Montevideo, 1930, 1967, etc.).

En *CAPITULO ORIENTAL*

N: 7:

ZORRILLA DE SAN MARTIN:

VIDA Y OBRA

y junto con el fascículo, el libro
SELECCION DE PROSA de Juan Zorrilla de
San Martín.

Indice

- EL "TABARE" — CARACTERISTICAS
FUNDAMENTALES
- EL POETA SOBREVIVIENTE
- ZORRILLA Y LA HISPANIDAD
- POESIA Y RELIGION
- LOS GRANDES DEBERES CUMPLIDOS



"Un rancho en el campo" — José Aguyori — Litografía (1880) — Fragmento.

Este fascículo, con el libro
ISMAEL, de Eduardo Acevedo Díaz,
constituye la entrega N.º 6
de **CAPITULO ORIENTAL**

Precio del
fascículo
más el libro: \$ **100.-**

Copyright. — 1968 Centro Editor de América Latina, Plaza Independencia 1374, Montevideo.
Impreso en el Uruguay - Printed in Uruguay - Hecho el depósito de ley.
Impreso en "Impresora REX S. A.", calle Gaboto 1525, Montevideo, en marzo de 1968.
Comisión del Papel - Edición amparada en el art. 79 de la Ley 13.349.



"Exodo del Pueblo Oriental" — Melchor Méndez Magariños — Palacio Legislativo — Fragmento.